

plan y diseños de Miguel Ángel; y sobre esta base las obras continuaron durante el pontificado de Pío IV, que tuvo fin en 1565, y también durante los primeros años del pontificado de San Pío V, en el cual, reclamando luego toda la atención y todos los recursos las guerras contra turcos, y el reposo material y moral de la cristiandad, no mucho adelantó la fábrica del templo Vaticano, á cuyo frente aparece sólo el arquitecto Vignola. Nuevas excitaciones á la caridad de los fieles, y la asignación á la dicha fábrica de la quinta parte de las limosnas que se ofrecieran (cuantiosas entonces) á la Santa casa de Loreto proporcionaron recursos para que ni un solo día cesáran ya los trabajos, ántes bien recibieron impulso notable al advenimiento de Gregorio XIII (año 1572), que confirmó todas las bulas expedidas por sus antecesores en beneficio de la basílica de San Pedro. El arquitecto Giacomo Barozzi de Vignola murió en 1573. Giacomo della Porta fué llamado á reemplazarlo; y en su tiempo y bajo su dirección se terminaron la inmensa techumbre, que cubre de un extremo á otro la nave transversal, el ábside y la tribuna de Occidente: llevó á cabo aquel arquitecto, famoso ya por la reconstrucción de Santa Catalina de *Funari*, la hermosa y riquísima capilla Gregoriana, los altares magníficos de San Jerónimo y San Basilio, y muchas obras de decoración en el templo Vaticano. Estamos en el período que puede llamarse de transición á la decadencia de las artes: lo rico y lo espléndido va destruyendo á lo bello. A partir desde el pontificado de Gregorio XIII, las labores de la fábrica Vaticana ofrecen ya testimonio de la desviación que sufren las corrientes del gusto. Vignola puede decirse que cierra la serie de los arquitectos clásicos, y sin embargo, va á sentarse en la silla de San Pedro un hombre extraordinario, un pontífice, cuya altura de pensamientos merecería el concurso de otros hombres también extraordinarios como Miguel Ángel y Bramante y Rafael. Sixto V despliega las alas de su genio en medio ya de una generación de artistas, que no puede compararse á la que ha desaparecido, ó la que brillaba en la primera mitad de la centuria; y sin embargo, en solos cinco años de pontificado, el ilustre franciscano construye una nueva Roma,

restaura y hermosa la antigua, y escribe su nombre en multitud de monumentos que admira y bendice la posteridad. El cardenal Peretti habia mostrado afecto y preferencia á un joven arquitecto milanés, Domingo Fontana, que en Roma adquiria justo crédito por la solidez de su instrucción y por la hermosura de algunas de sus producciones artísticas, como la villa Montalto y la capilla del Santo Pesebre en Santa María la Mayor; y el cardenal, coronado Papa, siguió dispensando á Fontana las mismas muestras de cariñosa protección: fué, pues, asociado á la Porta para la fábrica de San Pedro, la cual de día en día progresaba, apareciendo terminada en 1590 la cúpula de Miguel Ángel: la cruz dominaba ya sobre aquella inmensa mole, maravilla del arte, orgullo legítimo de la Roma cristiana. Tres pontificados de cortísima duración sucedieron al de Sixto V: trece días gobernó la Iglesia Urbano VII, diez meses Gregorio XIV, y dos meses Inocencio IX, Facchinetti. En 1592 fué elegido Pontífice el cardenal Aldrobandini, que tomó el nombre de Clemente VIII; y en su pontificado de trece años, ilustre por los nombres de Baronio y San Felipe de Neri, Belarmino y Torquato Tasso, Roma vió acrecentarse las obras de restauración y embellecimiento, y las grandes basílicas, sobre todo, recibieron insignes muestras de la munificencia del Pontífice: en la Vaticana se llevaron á cabo los adornos exteriores é interiores de la cúpula, y fué construida en frente de la capilla Gregoriana la espléndida capilla Clementina, que con aquella compite, dado que no la supere, en mármoles y en esculturas y en toda suerte de primores y riquezas: púsose el pavimento mármoleo en toda la parte nueva del templo, se erigió el altar papal, y se dió principio á la iglesia subterránea, á la restauración de las grutas vaticanas.

Después de un breve intervalo de veintisiete días, en que ocupó la silla de San Pedro el último papa Médicis con nombre de Leon XI, subió al solio pontificio el cardenal Borghese, Paulo V (año 1605). El arquitecto della Porta habia fallecido en 1604: Domingo Fontana dejó de existir en 1607. Paulo V abrigaba el generoso empeño de dar término feliz á la obra, de siglo y medio comenzada y apenas interrumpida, de la Basílica

de San Pedro. Supuesto el plan de Miguel Ángel, es decir, la cruz griega perfecta, faltaba solamente un lado, la cuarta parte de la planta del edificio. La comision ó archiconfraternidad de la fábrica de San Pedro habia sido elevada por Clemente VIII á la categoría de una congregacion de cardenales, á semejanza de las várias otras instituidas por Sixto V: la comision entendi6, pues, como era natural, en la eleccion de arquitecto-director para reemplazar á Giacomo della Porta. Abierto concurso al efecto, fueron muchos los proyectos y diseños que se presentaron, y entre ellos, despues de largas deliberaciones, obtuvo preferencia y aprobacion el de Carlos Maderno, natural de Bissone, cerca de Como, arquitecto que inaugura y señala ya la decadencia del arte en los primeros años del siglo XVII. Maderno habia heredado más que el talento la influencia de su tio Fontana; esta herencia fué una gran desdicha para la hermosura, sobre todo exterior, de la Basílica de San Pedro. El proyecto de Maderno modificaba notablemente el de Miguel Ángel. Estamos, pues, en el quinto cambio de plan: se abandona definitivamente la cruz griega: la grandeza vence á la belleza: la necesidad de incluir en el nuevo templo toda la parte santificada del antiguo, y de dar á aquél proporciones verdaderamente adecuadas á la universalidad que simboliza; el propósito de señalar en un pavimento marmóreo de 188 metros de longitud las longitudes respectivas de San Pablo de L6ndres (158 metros), la catedral de Florencia (149), la de Milan (135), la de Bolonia (132 metros 92 centímetros), la de Colonia (132), la basílica de San Pablo en la via Ostiense (127), Nuestra Señora de Anvers (117), y Santa Sofia de Constantinopla (109-91); y por último, el deseo de que en la fachada pudiera abrirse la gran *logia* ó balcon, desde donde el Pontífice Sumo da en ciertas solemnidades la bendicion *orbi et urbi*, hicieron que la conclusion de la obra tomase y diera á toda ella un carácter artístico, que hasta cierto punto la desnaturaliza; el pensamiento de Bramante y de Miguel Ángel no se adapta ya á una época en que el *mannerismo* enturbia las fuentes del buen gusto é imprime su sello en todas las manifestaciones del arte.

Nada más fácil que prolongar la nave hasta darle la longitud que queda dicha, y convertir en latina la cruz griega, y así se hizo: en 1606 se demolió la parte que aún quedaba de la iglesia antigua, y en Mayo de 1607 se puso la primera piedra para el gran apéndice de tres arcadas con que la fábrica se engrandecia. Milizia, escritor de bellas artes, un poco adusto, dice con razon que Maderno se figuró esta vez que en lo *grandisimo* está lo *bellisimo*. El muro exterior y la infeliz fachada tocaban á su término, y en 21 de Julio de 1612 apareció á los ojos de Roma y de la cristiandad la inscripcion IN HONOREM PRINCIPIS APOST. PAULUS V. BURGHESIUS ROMANUS PONT. MAX. AN. MDCXII PONT. VII. Honor fué, ciertamente, y fortuna grande del papa Borghese, Paulo V, poder escribir su nombre en el friso del más insigne monumento del orbe católico. Los pontífices que habian realizado las primeras obras, los que habian traído á la Basílica la inspiracion de Bramante y de Rafael y de Miguel Ángel; Nicolas V, que concibió el magnífico proyecto de un nuevo Vaticano; Julio II, que puso la primera piedra del templo moderno; Leon X y Paulo III y Sixto V, que habian levantado la cúpula, tienen sus nombres grabados tan sólo en la gratitud y en la admiracion de las generaciones: en la fachada firmó, como si dijéramos, uno por todos: la ilustre casa Borghese considera con justicia como el mayor timbre de su apellido la ejecutoria de piedra que lo perpetúa en la plaza de San Pedro. Mas no ha de olvidarse que la gloria de aquel monumento corresponde al pontificado y al mundo católico. Cuando penetremos en la Basílica, tres inscripciones que dominan las puertas de entrada nos recordarán la historia en compendio de esta fábrica famosa.

Con Paulo V comienza ya el que puede llamarse reinado artístico de Bernini. La decadencia se ofrece con todos sus tristes caracteres: lo *rico* reemplaza á lo bello: lo *bonito*, cuyo imperio cambia cada veinte años, empieza á dar la ley en arquitectura y en pintura y en escultura: en la línea de lo bonito, no léjos, se encuentra lo extravagante: los modelos de la antigüedad pierden su influjo: Bramante mismo y Rafael son objeto de censura: ya un artista no consagra la mayor parte de

su vida á una sola obra, como Ghiberti en las puertas del Bautisterio de Florencia, como Brunelleschi en la cúpula de Santa María del Fiore, como Sansovino en San Márkos de Venecia: los artistas son ahora, como en los buenos tiempos, escultores y arquitectos y pintores; pero han borrado las fronteras que dividen los respectivos estados de estas artes; la arquitectura se emplea en *acertijos* de perspectiva; la escultura imita á los cuadros, y en los cuadros se pintan estatuas. Al Ariosto y á Torquato Tasso han sucedido los Guidi y los Marini: á la elocuencia la retórica; á la inspiracion el artificio; á los pensamientos sublimes los conceptos rebuscados. Pedro de Cortona y Cárlos Maratta sostienen el culto de la pintura: Bernini y Algardi el de la escultura: Borromini y Bernini se disputan la fábrica de palacios y de fuentes: Bernini se afirma al fin en la soberanía artística, á la cual presta homenaje, no sólo toda Italia, sino la córte misma de Luis XIV. El gongorismo italiano duró más tiempo y dejó muchas más obras que el gongorismo español: y digamos, en honor de la verdad, que el gongorismo marmóreo de Roma merece respeto y puede excitar envidia.

Las obras de decoracion de la Basílica de San Pedro pertenecen, pues, á una época que dista mucho del clasicismo. El pórtico quedó terminado en 1614. El Papa Urbano VIII hizo la dedicacion solemne del templo en 18 de Noviembre de 1626, y en el *Breviario romano* se conserva con oficio especial el recuerdo de aquella solemnidad. Al pontificado de Inocencio X (Panphili) pertenece una gran parte de la riqueza de mármoles y estucos dorados, que cubren el pavimento y los pilares y los muros de las naves y de las capillas: la paloma con ramo de oliva, tan répetida en los medallones, figura en el escudo de armas de la familia Panphili. A Alejandro VII se debe, entre otras obras, el gran monumento de bronce que guarda la cátedra de San Pedro. Clemente XI, Benedicto XIV, Clemente XIII y Clemente XIV embellecieron á porfía el templo Vaticano con estatuas, sepulcros, relieves y mosaicos: Pío VI construyó la sacristía y los dos grandes relojes de la fachada. Pío VII hizo erizar de para-rayos las alturas de la

Basílica; Gregorio XVI restauró la cúpula; y por último, el reinante Pío IX, en San Pedro como en todas partes, deja cada dia huellas luminosas de su solicitud y de su munificencia.

Se ve, pues, que la historia de la reconstruccion del templo Vaticano es, puede decirse, la historia del pontificado y la historia de las artes. Por eso tiene una importancia de que carecen por lo general las otras obras monumentales de la arquitectura, esparcidas por el mundo. Desde Nicolás V, que concibió el pensamiento de la nueva basílica, hasta Pío VI, que terminó la sacristía, se cumplen 330 años, y se han sucedido cuarenta y cuatro pontífices. Desde el principio de las obras hasta la dedicacion solemne se cuenta más de siglo y medio, en cuyo espacio de tiempo la lentitud y la celeridad en el curso de la fábrica corresponden á las horas de tempestad y á las horas de bonanza por que ha pasado la nave de San Pedro.

VI.

Pesada y desagradable es sin duda, pero importa á nuestro propósito, la reseña histórica que precede: no se trata de una curiosidad local, se trata de una obra que á todos interesa, en que todos hemos tomado parte; bueno es, por tanto, que todos sepamos algo acerca de ella. Artistas diversos, planes una, dos, tres y hasta cinco veces modificados, opiniones encontradas, contiendas, dictámenes, consultas; la munificencia de los papas, la limosna de los fieles, la devocion y la piedad de todos, han producido un monumento de tan majestuosa grandeza y de tan sábias proporciones, que no parece sino que por encima y á despecho de toda la variedad y divergencia de los sistemas y de los diseños y de los estilos, se abre camino y reina en absoluto la unidad, reflejo bendito de aquella identificacion de sentimientos y de creencias en que vivieron las pasadas generaciones. Bramante y Rafael y Miguel Angel y Sangallo y

Barozzi y Maderno, si dibujaban de diversa manera, pensaban y creían de la misma suerte; por eso la Basílica del Vaticano, con ser obra de tantos años y de tantos ingenios, y con reflejar en sus detalles los aciertos y los desaciertos de tantas épocas y escuelas, parece, si se la considera en su conjunto, formada en un solo instante, al influjo de una voz sobrenatural; parece un libro escrito en un solo idioma y bajo una misma y constante inspiración.

VII.

Un viaje histórico, artístico y monumental por los ámbitos de San Pedro ofrecería materia para muchos volúmenes: la descripción menuda de las capillas, altares, mármoles, mosaicos, sepulcros y decoraciones de toda especie, que la Basílica encierra, sería sin duda interesante, pero impropia del pensamiento capital de este libro: nos limitaremos á señalar lo más notable y característico. Pero antes de penetrar en el vasto templo, antes de subir siquiera la escalinata que conduce al vestíbulo, hay mucho que observar y que admirar al otro lado del puente de Sant Angelo, á la extremidad del *Borgo Nuovo*.

Una plaza cuasi cuadrada, de 76 metros (la de Rusticucci), y otra elíptica, rodeada de columnas, que termina al pié de la Basílica en un trapecio, con soberbias galerías laterales, forman el atrio más grandioso que el arte pudo delinear para el mayor templo de la tierra. La plaza de San Pedro mide una longitud total de 320 metros; su mayor anchura es de 182. La doble columnata dórica semicircular es la obra maestra de Bernini, arquitecto; es uno de los monumentos de arte que la edad moderna puede presentar sin temor, al lado de las maravillas arquitectónicas que aún quedan de la clásica antigüedad. Cuatro órdenes de columnas, de orden toscano por la base, dórico por los capiteles y jónico por los epistilios y cornisas, ofrece cada uno de los gigantescos brazos de las tres galerías ó paseos

que forman: por la del medio pueden circular cómodamente dos carruajes: 284 son las columnas, y 88 las grandes pilastras: su altura se aproxima á 20 metros: la magnífica balaustrada, que las domina, está coronada por 192 estatuas de tres metros: el conjunto es de una belleza admirable. Alejandro VII y Clemente XI llevaron á cabo esta gran obra, cuyo coste excedió de 850.000 escudos (unos veinte millones de reales). A las dos extremidades de la ancha escalinata, que desde la plaza da acceso á la basílica, dos estatuas colosales, una de San Pedro y otra de San Pablo, de los escultores Fabris y Tadolini, ocupan por munificencia del papa reinante, los puestos de honor en que se hallaban las de Mino del Regno, ejecutadas en tiempo de Pío II, y que ahora guardan la entrada de la sacristía. Hermoso era sin duda el aspecto de la antigua Basílica Vaticana, según nos lo representan las medallas y dibujos: los pórticos y las fuentes y las altas torres, todo contribuía á la majestad y embellecimiento del templo elevado por Constantino; pero los siglos medios no habían podido realizar ni aún presentir fábrica como la de Bramante, cúpula como la de Miguel Angel, columnata como la de Bernini, y plaza entre plazas, como aquella elipse en cuyo centro se alza el obelisco y en cuyas alas murmuran de alegría las dos fuentes.

Un momento de pausa desde el vestíbulo de la basílica, una mirada desde la suave altura de aquel magnífico plano inclinado. ¡Qué hermosura de plaza! En las solemnidades de bendición papal, allí se congrega el pueblo de Roma y están representadas todas las naciones. Quien sepa que hay en el mundo un lugar donde se bendice *urbi et orbi*, y vea la plaza de San Pedro, aunque no tenga más noticia, y aunque haya visto todas las plazas de Europa, adivinará que aquella donde se halla es la plaza del mundo católico, la plaza donde se da la bendición universal.

Es un día del mes de Abril, sereno y apacible; apenas flota una nube por el inmenso espacio azul del firmamento: el sol envía raudales de luz sobre las siete colinas y el viento trae en sus alas todo el perfume de las flores con que la opulenta primavera corona las alturas del Janículo. Sobre la mole Adriana

ondea libre una bandera de paz, y las voces de cuatrocientos campanarios, uniéndose á las del Vaticano, entonan un himno que jamas oyó la Roma de los Césares. Cien mil personas ocupan la plaza de San Pedro y sus avenidas: un sentimiento de viva curiosidad se pinta en todos los semblantes: allí están el Oriente y el Occidente, los pueblos y las religiones; la raza latina, impresionable y vivaz; la raza sajona, pausada y meditabunda; allí están las clases sociales y los sistemas políticos, el habitante de los castillos de Escocia y el pobre pescador del Tiber; allí se ven las líneas solemnes y sombrías del húngaro melancólico, y el traje florido y pintoresco del pastor de los Abruzzos ó de la albanesa angelical; el republicano de las Américas y el súbdito del Czar de las Rusias; los que creen y los que no creen, los que saben y los que no saben, hállanse congregados en apretada muchedumbre: diríase que de la basílica de San Pedro se abren como dos inmensos brazos de mármol las galerías curvas de Bernini, para estrechar en el seno amoroso de una idea las familias y los pueblos y las razas. De pronto cesa el tañir de las campanas y el sonido de las músicas, el redoblar de los tambores, y el eco variado de los mil dialectos, y un silencio profundo reina en el espacio. ¿Qué misteriosa disciplina sujeta y vence en un solo instante aquel ejército formado por el azar, cuyos soldados vienen de todas las tierras del mundo y hablan todas las lenguas y ni se han visto juntos otra vez, ni volverán acaso á encontrarse en los días de su vida? Un ruido sordo y prolongado, semejante al murmullo del mar, y un movimiento rápido, informe, que en vano intentaría ensayar con sus legiones el capitán más famoso de la Roma conquistadora, anuncian algo de extraordinario hácia la parte del templo. Aquél es un momento indescriptible de silencio: el canto de un pajarillo, volando al rededor de las fuentes de la plaza, ondula melodioso y dulce sobre el aliento de cien mil personas. El espíritu se complace en recordar aquel momento, que con ser un momento de silencio absoluto, es el rasgo más soberano de elocuencia que ofrece la humanidad. En el gran balcon de la Basílica aparece el Pontífice revestido con los supremos atributos del sacerdocio. No es el triunfador de

otros siglos, que desde la cumbre del Capitolio pasea su mirada vanidosa sobre millares de cabezas, que llevan en la frente la marca de la esclavitud; no es el emperador, que desde las altas galerías de la casa de oro recrea sus instintos de ferocidad, mirando al Norte y al Mediodía y á las regiones por donde sale el sol y á las cumbres del monte Mario, por donde se pone: hay en la majestad sencilla de un anciano sin armas, y en la voz inspirada de un padre que bendice, más encantos que en la pompa de los triunfos, y más armonía que en la voz de mando de los guerreros. Cuando el Pontífice en el balcon alza los brazos al cielo, la muchedumbre de la plaza cae de rodillas, y entónces ni el canto siquiera del pajarillo, que revolotea al rededor de las fuentes, interrumpe el eco vibrante de aquellas palabras, que llegan á todos los ámbitos y penetran en todos los oídos. La bendición á la ciudad y al orbe tiene algo de misterioso que subyuga. Todos los soberanos han aparecido alguna vez en el balcon de sus alcázares para saludar á la multitud entusiasmada: cónsules y generales y tribunos y dictadores han electrizado al pueblo con su palabra y aún con su sola presencia, en días de popular regocijo ó de victorias insignes. La multitud ha sido siempre lo mismo: quien haya presenciado este suceso, por ejemplo, en las Tullerías cuando el árbitro de los destinos de Europa celebraba el nacimiento de un heredero de su nombre, y lo compare con la gran escena de la bendición en la plaza de San Pedro, luego al punto comprenderá que las alegrías y los arrebatos y las lágrimas que produce el capricho de la fortuna ó el halago pasajero de la gloria distan mucho de aquella sensación profunda y sublime á la vez, que en el alma dejan la señal de la cruz trazada por un brazo tembloroso, sobre la masa inmóvil de cien mil personas, unas palabras en latin, pronunciadas por los labios de un anciano, que van, sin embargo, á salvar las montañas y los mares, y á repercutir con eco poderoso en los confines de la tierra. Para formar cabal idea del espectáculo de la plaza del Vaticano en día de bendición, hay que presenciarlo dos veces: la primera, entre la multitud, estudiando los grupos de extranjeros y sus diferentes hablas y opiniones; sor-

prendiendo las señales de la admiración ó quizá alguna lágrima furtiva en el impasible mármoleo semblante de tal cual hijo de la Albion nebulosa, de tal cual soñador de las orillas del Danubio; viendo de frente la fachada de la Basílica y espiando el instante en que aparece en el balcon la primera mitra de las muchas que forman la comitiva del Papa. Quien así hubiere visto y sentido la bendición de Jueves Santo, bien hará en presenciar la de Pascua desde la puerta de la Basílica, bajo el toldo de la *Loggia*: desde allí se domina un cuadro que en vano han querido reproducir los pintores más famosos y la misma fotografía: un fondo inmenso de seres vivientes, cuyas cabezas se mueven y balancean como las incontables espigas de un campo frondoso, acariciadas por el viento blando de la mañana: un Océano en calma, en cuya superficie se perciben, sin embargo, las undulaciones de las aguas, como palpación de la vida que se esconde vigorosa en el seno del abismo; tales son las imágenes que trae y los efectos que produce la vista de aquella masa compacta, donde ni hay dos semblantes que en su mirada se parezcan, ni dos corazones que en su latido no se confundan. ¡Qué gran cátedra es esta explanada del Vaticano en día de bendición! Aquí, mejor que en parte alguna, pudieran los utopistas de todos los tiempos estudiar lo que llaman el poder de la idea. Yo confieso que en esta plaza de San Pedro, y en los días de la bendición *urbi et orbi*, he comprendido lo eficaz y saludable que sería el sufragio universal, si hubiera siempre para contener é impresionar á las muchedumbres un abrazo como el de la columnata de Bernini, una voz como la del Pontífice, y un pensamiento del cielo como la bendición.

En medio de la plaza de San Pedro álzase un obelisco, que á la altura de más de 40 metros ostenta la cruz del Redentor, dominando la colina y la ciudad: aquel enorme monolito adornó un día los jardines de Calígula, y fué testigo silencioso de las depravaciones y de las orgías de Neron.

Roma sintetizó en su vasto recinto las grandezas de todos los pueblos de la tierra. Grecia le envió sus estatuas: el África las fieras para sus anfiteatros; el Oriente le sugirió modelos

para sus edificios colosales; la tierra de los Faraones y la muerta civilización egipcia hicieronse representar por los obeliscos, manifestación sublime del pensamiento de la tierra que busca las alturas. De los doce obeliscos, que coronan las cumbres ó las plazas de la ciudad eterna, este del Vaticano es el segundo en magnitud y el único que ha permanecido constantemente en pié desde los días de Calígula. Á fines del siglo xvi, con ocasión de las obras de la Basílica fué preciso arrancar la enorme aguja del lugar en que se hallaba, próximo á la actual sacristía; y aquella mole de millon y medio de libras, que quince siglos ántes habia venido por el Tiber, á remo de 300 hombres en una barca, cuya eslora y cuyo palo y cuyas leyes de navegación serán perpétuo enigma de los sabios, aquella mole gigantesca fué arrancada de su pedestal compuesto de cuatro enormes dados de bronce, y conducida á más de 200 metros de distancia, al punto céntrico de la plaza de San Pedro. La erección del obelisco en Setiembre de 1586 fué en Roma un verdadero acontecimiento: las máquinas preparadas, la multitud de andamios y de ingenios, los 140 caballos motores de la fuerza, los 800 hombres empleados en la maniobra, el pueblo todo de Roma llenando los ámbitos de la plaza y las calles; la corte pontificia y la nobleza romana en tribunas y en estrados; el suplicio alzado para el que osára interrumpir con un grito ó con un ademán la solemnidad de aquel acto, en que iba á revelarse el poder de la ciencia física á la voz del arquitecto Fontana; la austera figura de Sixto V, especie de Felipe II del pontificado, presidiendo la ceremonia; todo formaba un cuadro singular de que ofrece idea una gran pintura de la biblioteca Vaticana. Á una señal del maestro las operaciones comenzaron simultáneamente, las ruedas giraban sobre sus ejes rechinando como cristal herido por el diamante: el monolito, que yacía en tierra como el cadáver de un coloso, se estremeció al primer arranque de caballos y de hombres y de poleas; á poco se incorporaba, y al empezar á describir el arco anhelado, un ruido siniestro, precursor de la catástrofe, puso espanto en todos los ánimos; las maromas crujían, iban quizá á ceder al peso del gigante, cuando á despecho de la pena de muerte y de la seve-